

nados, otros que han tenido muchos más encontronazos en pueblos más complicados. Pero bueno, dentro de que mi libertad está absolutamente condicionada, de que no puedo hacer lo que quiero sin previo aviso y, desde luego, lo que yo quiero tampoco, porque tienes que cambiar tus rutinas, todo, todo. Te das cuenta de lo que sucede, te acostumbras, suele ser eso, quizás un acostumbrarte a la situación. Aunque yo creo que todo el mundo, más o menos, llega un momento en que llegamos a quedarnos muy llenos, hartos sería la palabra. Llega un fin de semana y te escapabas donde fuera para poder decir "Uy, si estamos en la calle sin tener que llamar a nadie". Sientes como una esperanza o cosa diferente.

Poco más os tengo que contar. Os he dicho lo más fuerte, que veréis que no es gran cosa desde el punto de vista, vuelvo a repetir, que hay otros que no lo pueden contar, pero ya os digo, si a mí me llegan a decir que yo tenía que haber vivido esta situación hace cuarenta y cinco años cuando todo esto empezó, no me lo creo. No me lo creo que hubiera podido aguantar, resistir a lo largo de los años tanto y la segunda parte es eso.

Nunca pensé que yo me iba a ver en esta situación de la que de verdad os digo, no me arrepiento de la decisión que yo tomé, porque insisto que no todo el mundo puede decir que hagan otros, si no que si nos dan testimonio por un lado, tendremos los demás también, de vez en cuando, que recoger la antorcha y llevarla adelante. Unos de una forma y otros de otra. En ese sentido yo vuelvo a repetir, me alegra el hecho de que en Mondragón, si antes se iban a la otra acera, ahora no lo hagan. Para mí ha sido un avance. Decir que todos los se iban a la acera de enfrente no era gente que respalda todas esas situaciones terroristas, pero tampoco querían acercarse demasiado a una persona que iba escoltada... Eso creo, creo que yo por lo menos lo he ganado y no es poco. No es poco, aunque lógicamente a la gente que está absolutamente convencida de que lo que están haciendo está bien, pues es muy difícil como todos sabemos, convencer.

Espero que esto termine efectivamente algún día sin olvidarnos de la verdad, sin olvidarnos de la justicia, sin olvidarnos de la memoria, que es muy importante. □

Testimonio de José María González Garrido

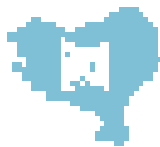
Jose María González fue guardia civil destinado a Oiartzun en los años 80. El 20 de enero de 1986, ETA atentó contra la patrulla de la que formaba parte. Con 22 años, perdió su pierna y le cambió la vida por completo.

Hola, buenas tardes, me llamo José María González Garrido y les ruego me disculpen si mi voz se oye temblorosa, pero no estoy acostumbrado a hablar en público. Quiero agradecer a Gesto por la Paz su invitación para participar en esta jornada.

En principio, me considero una persona afortunada. Desde que tenía 12 ó 13 años quería ser guardia civil. Supongo que me influiría el hecho de que mi padre también lo era y que prácticamente toda mi infancia viví en Casas Cuartel. Cuando contaba con 16 años -hablo de 1980-, mi padre me echó la instancia para el ingreso en el Colegio de Guardias Jóvenes Duque de Ahumada de Valdemoro (Madrid) que estaba destinado para hijos del Cuerpo. Ahí empezó mi suerte, pues fue la última convocatoria que se hizo sin exigir pruebas físicas para el ingreso porque yo seguro no hubiera

pasado ya que, por aquel entonces, mi complejión atlética era nula; de hecho, cuando me tallaron tuve que coger aire en los pulmones para dar la talla de pecho. Tres años estudiando en Valdemoro para ser guardia civil, para ayudar y servir al ciudadano que era lo que a mí me gustaba. Estuve destinado año y medio en Gerona y después, de destino forzoso al País Vasco. Las cosas eran así, porque nadie en su sano juicio iba a pedir un destino en el que por aquella época día sí y día también había asesinatos. A mí no me preocupó mucho venir destinado aquí; es más, por una parte estaba contento, pues como subíamos toda mi promoción, allí me encontraría con mis antiguos compañeros y amigos.

Después de estar un mes en la ikastola en Fuenterrabía, me comunican que voy destinado a Oyarzun, cosa que también me daba igual ya que no



De izquierda a derecha: José María González Garrido e Ines Rodríguez.

conocía nada del País Vasco, y encima íbamos al mismo sitio cuatro de mi promoción; así que no estaba mal.

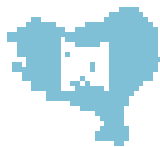
Después de unos pocos días en Oyarzun, me doy cuenta de que estoy como en un gueto, porque con la gente del pueblo no teníamos ninguna relación y únicamente estábamos con los guardias y sus familias. Una vida totalmente diferente a lo que debería ser en realidad. Por eso los cuarteles estaban preparados con cocina y bar para que los guardias, en su mayoría muy jóvenes y solteros, pudiesen hacer todas las comidas allí sin tener que salir del acuartelamiento, salvo lo estrictamente del servicio. La única vez que se me pasó por la cabeza que podíamos ser objeto de un atentado, fue una noche que estando de servicio, nos avisaron desde Inchaurreondo que había un incendio en un polígono industrial de Oyarzun y que teníamos que acudir a ver qué pasaba. Como todos los de la patrulla éramos nuevos y no conocíamos la demarcación, pues estuvimos mucho tiempo dando vueltas sin sentido y en un momento pensé que podía ser un falso aviso para que pasáramos por un lugar determinado donde nos estuvieran esperando. Pero no, volvimos al cuartel para llamar a Inchaurreondo y que nos confirmaran que el aviso era verdadero. Debido a que un compañero más veterano que estaba en el cuartel conocía la zona, logramos encontrar el sitio, pero el incendio ya estaba apagado.

Se notaba en el ambiente el miedo a relacionarse con nosotros. Recuerdo un día que cinco ó seis guardias decidimos ir a tomar unas cervezas a un bar donde iba la gente joven de Oyarzun. Nada

más entrar, nos pusimos en un rincón y pedimos las consumiciones que nos las pusieron sin problemas, pero al momento toda la gente del bar, a excepción de dos parejas, se salieron a la calle y nos quedamos prácticamente solos. Así que nos tomamos las cervezas rápidamente y nos fuimos para el cuartel porque allí estábamos de más. No volvimos a salir por las calles de Oyarzun, salvo por motivos de trabajo.

Y llega la madrugada del 20 de enero de 1986. Toda la noche de servicio en el puerto de Pasajes. A las 6'00 h. nos hacen el relevo y nos vamos a Oyarzun cogiendo dirección hacia la autopista. Apenas recorridos unos dos kilómetros escuchamos una ráfaga de metralleta y a continuación el coche explotó. En un principio pensé que no me había ocurrido nada. Estaba sentado en el asiento de copiloto. Me toqué la parte superior de mis piernas y el tórax y no noté dolor ni ninguna molestia y le dije a mi compañero que estaba gritando de dolor que saliera por mi lado del coche pues su puerta estaba inutilizada. Al intentar apoyar la pierna izquierda me caí de bruces al suelo y comprobé que estaba totalmente seccionada, enganchada tan sólo por un trozo de pantalón. Sin embargo, como no sentía dolor, me alejé del vehículo unos diez o doce metros arrastrándome, pensando que podía explotar. Saqué mi arma reglamentaria y disparé dos tiros al aire para avisar tanto a mis compañeros del coche delantero como a los terroristas de que estábamos allí vivos.

Sentado en el suelo rodeado de una gran mancha oscura me apreté la pierna con mis dos manos y todas mis fuerzas porque veía que me desangra-



ba. Al lugar se acercaron varios trabajadores de la zona diciéndonos que ya habían avisado a las ambulancias y que habían creído que la explosión provenía de los festejos de San Sebastián. Las ambulancias llegaron rápidamente, pero allí tumbado en el suelo se me hizo muy larga la espera. En el trayecto al hospital al pasar por una banda reductora perdí el conocimiento. Pienso que el conocer el alcance de las heridas, no sentir dolor en los primeros momentos y que no muriera nadie me ayudó a superarlo rápidamente. Luego los compañeros nos comentaron que los terroristas se equivocaron al lanzar las granadas, pensando que los coches iban en distinta posición. Gracias a esa confusión estoy hoy aquí. ¿No es para estar con-

tento que te hayan intentado matar y no lo hayan conseguido?

A partir de ese momento empieza una vida nueva y quedo muy descontento con algo que yo apreciaba y quería que era la institución de la Guardia Civil. Como decía la prensa por entonces, éramos números y como había muchos, pues poca importancia tenía uno más. Solamente me quedo con la aportación a título personal de una ó dos personas del cuerpo.

Para finalizar, quiero expresar mi apoyo y agradecimiento a todos los que trabajan para conseguir el fin de la violencia. Gracias. □

VITORIA-GASTEIZ, 16 DE JUNIO DE 2010



De izquierda a derecha: Txema Urkijo, Mariló Vera, María Jesús Oteiza, Santi Esnaola y Sabin Iza.

Testimonio de Mariló Vera

Mariló Vera nació y vive en Donostia-San Sebastián. Es hija de Jerónimo Vera, guardia civil que fue asesinado en Pasajes el 29 de octubre de 1974.

En primer lugar quisiera agradecer a Gesto por la Paz que me haya invitado a participar en sus jornadas, dándome la oportunidad de expresar libremente mis ideas. Especialmente a Isabel por su paciencia conmigo y a Inés por su comprensión. También quiero agradecer a las personas presentes por acudir.

He de indicar que lo que voy a decir a continuación son mis opiniones, siendo yo la única responsable de las mismas.

Mi nombre es Mariló y soy víctima del terrorismo. Yo no lo elegí, lo hicieron otros por mí. Soy hija del sargento de la Guardia Civil, Jerónimo Vera García, responsable del servicio de información de San Sebastián, asesinado por ETA un 29 de octubre a mediados de los años 70, unos meses antes de la muerte de Franco.

Dentro de las tendencias generales de aislamiento, desconfianza y autoprotección, un caso especial lo configura la Guardia Civil por su papel des-